

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO ENVIADAS POR LA ILMA. SRA. D^a. ANA MARÍA VICENT ZARAGOZA Y LEÍDAS POR EL ILMO. SR. D. ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS

Tal vez son ahora las nueve y pico. Llevo colgando al cuello nuestra medalla; también Alejandro, que no me deja nunca. Deseo manifestar mis sentimientos, dictando y con voz prestada. Imagino que estoy ahí.

El amigo Rafael Mir pronuncia mi *laudatio*, mi alabanza, sin duda con buena intención, perfecta de forma, pero no soporto su contenido. ¡Qué vergüenza!. Retiro ahora mi presencia. Imaginad que ya no estoy ahí. Pero antes de esconderme declaro que solamente procuré cumplir con mi deber. Animada por lo que se llamaba espíritu de servicio. Además, no pude o no supe rematar muchos de los trabajos que emprendí. Tampoco sé cómo agradecer tantas muestras de afecto que acrecientan una inmensa deuda.

Vuelvo a mi silla de ruedas. Por la ventana veo las casas de enfrente. Si me sacan veo a izquierda y derecha gentes, casas, árboles, palomas grises, y, al final de los cruces, quizá montañas y nubes. Todo lo que miro y veo no hace olvidar aquel alto muro, aquellas torres coronadas que desde aquí atisbo, como cierto cordobés universal, en los momentos de claridad interior. Regreso y me parece veros en el estrado, tras las columnas, o bajo la cúpula, o al fondo. Mis amigos vivos, respirando, oyendo, mirando, sentados o de pie. Alrededor recuerdos elocuentes de amigos que nos inspiran desde otros parajes. Purita, atenta al quite, junto a la escalera. Como una familia numerosa, la familia académica, hecha de amigos para siempre, más otros queridos amigos y colegas. Repito, no soy capaz de corresponder a tanto afecto. En ese gran relicario de sabiduría y sentimientos veo, por último, que más allá de los cristales nos preside un crucifijo. De nuevo: Gracias, gracias, gracias.